

HACIA UN NUEVO PACTO
Cómo construiremos un contrato social,
político y económico más moderno y justo para Chile

Óscar Landerretche

INTRODUCCIÓN: LA IDEOLOGÍA CHILENA

Hay a lo menos cuatro falacias que han reinado en el discurso de las élites chilenas por demasiadas décadas, particularmente entre las élites empresariales. Esas falacias se resumen en las siguientes proposiciones:

Primero, la libertad es sustituta de la igualdad.

Segundo, la igualdad de oportunidades es separable de la de resultados.

Tercero, la meritocracia es separable de la solidaridad.

Cuarto, la empresa es posible sin Estado.

Estas falacias tienen sustento ideológico, es decir, reflejan una manera de ver el mundo y un deseo de cómo “debiera” ser; no son, necesariamente, reflejo de cómo “es” el mundo. Una de las estrategias de los partidarios de esta visión ha sido presentar estas falacias como verdades científicas o fenómenos de la realidad, es decir, evidentes, forzosos e inevitables.

Pero no lo son.

Primero, la crisis global de la democracia liberal ha demostrado que la igualdad no es sustituta de la libertad, sino que es complementaria. Hasta los más conservadores reconocen que la desigualdad económica y cultural es la base del resurgimiento contemporáneo del nacionalismo, chovinismo, racismo, populismo, autoritarismo y la violencia en la política. No es posible, ni sustentable, una sociedad libre sin que esta se encuentre fundamentada y estructurada en torno a estándares básicos de igualdad. La libertad involucra que cada uno de nosotros sea libre de construir su vida como quiera y tenga derecho a competir en el espacio que escoja por un rol y por un estatus. La libertad, la naturaleza humana y la lógica de las jerarquías sociales, culturales, científicas y económicas implican que no todos son ganadores: hay quienes tienen más o menos éxito en diferentes planos de sus vidas. Si ese concurso, en libertad, al que somos invitados por la sociedad liberal, no es percibido como “justo”, esto es, como partiendo de una base mínima de igualdad, no producirá resultados legítimos. Si los resultados no son legítimos, el concurso tampoco lo es. La igualdad, por ende, desde un punto de vista político, no es sustituta de la libertad, es complementaria. La mecánica de la libertad y la competencia, en cualquier tipo de sociedad (particularmente en el capitalismo contemporáneo), tiende a generar jerarquías y profundizar la desigualdad; es decir: la libertad “produce” desigualdad. Es una paradoja frecuente en la sociedad humana: una virtud “destruye” otra, algo que necesita. El desafío

de la política moderna es, en gran medida, administrar este problema. Pero la ideología chilena propugna que este problema, esta tensión, este desafío, no existe: la libertad y la igualdad son opciones entre las que hay escoger, y usted será de izquierda o derecha dependiendo de la opción que decida tomar. Eso propone la ideología chilena.

Segundo, la igualdad de oportunidades es inseparable de la igualdad de resultados: la competencia, en libertad, es un fenómeno dinámico, intertemporal e intergeneracional donde el capital (financiero, social y cultural) es, frecuentemente, heredado. La libertad consiste, en gran medida, en emprender proyectos. A veces son proyectos empresariales, a veces no. A veces la libertad consiste en emprender proyectos educativos, culturales, científicos, deportivos, religiosos, de estilo de vida. Y siempre que uno emprende un proyecto involucra ideas, recursos, esfuerzo y suerte. A uno le puede ir bien o mal dependiendo de estas cuatro cosas que, usualmente, son muy difíciles de separar: la idea puede ser buena o mala (hay que probarla para descubrirlo), la suerte puede ser buena o mala (primero hay que intentarlo), el esfuerzo podrá ser o no suficiente (eso se evalúa después) y los recursos de los que se dispone (financieros, sociales y culturales) podrán ser o no los adecuados. Por ende, si uno tiene una buena idea, capacidad de trabajo e incluso suerte, puede que el proyecto se vea frustrado por la ausencia de recursos o acceso a ellos: la igualdad de oportunidades no es separable de la igualdad de resultados. La evidencia internacional lo demuestra de forma muy elocuente: los países más igualitarios son, a su vez, los de mayor movilidad social; los menos igualitarios tienden a ser estamentales, llenos de castas. Pero la ideología chilena propugna que no debiéramos preocuparnos de la igualdad de resultados y que lo importante es la igualdad de oportunidades. Aquellos que manifestamos preocupación por la igualdad de resultados seríamos defensores de la mediocridad, la flojera y el subdesarrollo, mientras que los partidarios de la igualdad de oportunidades defienden el esfuerzo, el mérito y, por ende, el progreso. Eso propone la ideología chilena.

Tercero, la meritocracia solamente es sostenible desde un punto de vista económico, cultural y político si está acompañada de solidaridad. Como sabe todo empresario, los proyectos más rentables y productivos son los más riesgosos. Esta no es una característica de la actividad empresarial solamente, sino de la vida: es cierto para las empresas y las finanzas, pero también para la política, el arte, el deporte e incluso las relaciones interpersonales. Esto implica que el mérito, esto es, el premio a los que se esfuerzan y trabajan duro, es insuficiente para incentivar el progreso. Y es insuficiente porque a veces los que no tienen éxito no fracasan porque no se hayan esforzado, sino porque tuvieron mala suerte o pobres condiciones de inicio. Y como queremos que todos lo intenten (porque solo así descubriremos talentos, tecnologías, proyectos e ideas nuevas), necesitamos hacernos cargo de lo que pasa con los que fracasan, con los que

no lo logran, con aquellos a los que les va mal. Si ese sistema de protección no existe, menos gente correrá la carrera del mérito y más gente se refugiará (naturalmente) en proyectos de vida poco rentables, pero seguros. El problema es que por lo general (salvo quienes infringen leyes, incumplen contratos, etcétera) es muy difícil desentrañar las causas de un fracaso y establecer un sistema de protección adecuado. Sería necesaria una solidaridad al menos relativamente universal y diseñada de modo que no desincentive la meritocracia. En otras palabras: la solidaridad que se necesita para incentivar la meritocracia debe hacerse de un modo que, a su vez, no la derrote. Esto implica un sistema de protección social generoso y, por ende, caro, pero además sensible a los incentivos y por ende difícil de diseñar (lo que lo encarece aun más). Pero la ideología chilena propugna que la solidaridad no es un insumo de la meritocracia, sino un gesto ético separable de la competencia y la libertad. Es natural, por ende, que la solidaridad esté entregada a la beneficencia, frecuentemente dominada por lógicas religiosas o mediáticas. La solidaridad no es un insumo esencial para que haya más meritocracia. Eso propone la ideología chilena.

Cuarto, no es posible el emprendimiento ni la empresa sin el Estado. Esto resulta evidente a los empresarios chilenos que han redescubierto las cosas que hace normalmente el Estado y que son habilitantes para que ellos puedan emprender. Es lamentable que tengan que asomarse al precipicio de la anarquía y la anomia para recordarlo, pero así ha ocurrido: durante mucho tiempo predominó en nuestro país, entre los empresarios, el discurso de Estado mínimo y la agenda política de debilitamiento y deslegitimación del mismo en distintas áreas. El Estado, cuando funciona bien, genera un conjunto de condiciones legales (propiedad, Estado de derecho, debido proceso, etcétera), de inversiones públicas (infraestructura, educación, etcétera) y de coordinación estratégica (políticas de desarrollo) que no son posibles de otro modo. Si el Estado no funciona bien, si hay corrupción, clientelismo e ineficiencia, esto no es una razón para achicarlo y debilitarlo. Más aun, es una razón para reformarlo y fortalecerlo. Rara vez eso terminará siendo más barato o involucrando menos recursos que antes, aunque estos se usen mejor. Como sabe cualquier persona a cargo de una empresa, los sistemas de control y la gestión de calidad cuestan plata. La reforma del Estado no lo achica. No es casualidad que las historias exitosas de desarrollo económico (capitalista) siempre han involucrado un rol muy importante del Estado y usualmente tienen Estados relativamente grandes. Pero la ideología chilena propugna que el Estado hace “crowding out”¹ de

1. “Crowding out” (efecto desplazamiento) se refiere al fenómeno en el cual la capacidad de inversión de las empresas de un país se reduce debido a una mayor deuda pública por parte del Estado. El mecanismo para ello es que este aumento de deuda implica que los prestadores pedirán una mayor tasa de interés para los créditos de todos los agentes del país, no solo del gobierno, haciendo más difícil el financiamiento de proyectos privados.

la actividad empresarial; que hace “picking the winners”² cuando intenta coordinación estratégica; y que inevitablemente será infectado por “rent seeking”³ por parte de “special interests”⁴. Por ello, es mejor achicarlo a su mínimo. Eso propone la ideología chilena.

No hay ningún problema, realmente, con que usted sea partidario de esta ideología. Como toda ideología, representa un marco conceptual para pensar la realidad de acuerdo con ciertos parámetros éticos. Como toda ideología, tiene un “modelo” de la realidad para explicar y entender cómo funciona. Y por ende tiene una “teoría” de cómo “mejorar” la realidad de acuerdo con esos parámetros éticos. Quizás usted considera que cuatro atributos deseables de nuestro proyecto de desarrollo sean que en Chile escojamos efectivamente entre libertad e igualdad, que nos concentremos en la igualdad de oportunidades y no de resultados, que la solidaridad solo tenga una lógica de beneficencia y que se deje a la empresa desarrollarse sin Estado. Es un modo de pensar, es una filosofía política y una ideología que tiene diferentes nombres en diferentes partes del mundo: libertario, anarcocapitalista, minarquista, neoliberal, etcétera.

Se podría argumentar que en Chile se hizo un intento, durante la dictadura, de construir esa realidad a través de políticas muy concretas. Quizás una forma de medir y entender las políticas de la dictadura sea esta y no algo como el crecimiento económico o el desempleo. El profesor Ricardo Ffrench-Davis, por ejemplo, siempre nos recuerda que el desempeño de la dictadura en términos de crecimiento e inversión (métricas favoritas del sector empresarial) es pobrísimo. Una forma de entender esto es atribuirlo a falta de destreza o a la aplicación de doctrinas económicas equivocadas. Otra forma de entenderlo es considerando que se buscaba no solo crecimiento económico, sino la

-
2. “Picking the winners” (escoger a los ganadores) es un anglicismo de uso coloquial entre economistas que refleja la creencia que existe de que el Estado, al hacer política de desarrollo productivo (o política industrial, como se decía antes), inevitablemente escogerá peor que el mercado las empresas que deben prevalecer y cuáles cerrar. Ello limitaría la eficiencia de la competencia económica.
 3. “Rent seeking” (búsqueda de rentas) se refiere a una estrategia de inversión en donde se busca aumentar el patrimonio propio solo capturando rentas, sin crear nuevo valor para la economía. Un ejemplo clásico de ello son rentas obtenidas por poseer un recurso que nadie más posea (o que a nadie más le haya sido entregado). Muchas veces se usa esta expresión para describir el comportamiento de privados que a través del lobby, el tráfico de influencias o la corrupción logran prebendas del Estado que generan esas rentas. Más adelante en este libro identificaremos dos tipos distintos de rentas: buenas y malas; estas serían malas.
 4. “Special interests” (intereses especiales) es un anglicismo usado en la economía, pero también en la política anglosajona para describir grupos de presión que buscan afectar el comportamiento del Estado, sus leyes, políticas o decisiones de gasto, con el objetivo de favorecer sus intereses como grupo. Implícitamente la expresión distingue los “intereses especiales” del “interés público”.

transformación del sistema económico, social y cultural de acuerdo con estas cuatro proposiciones. ¿Por qué? Bueno, porque forman parte de una visión ideológica.

Y, si usted quiere, uno podría incluso conceder que, durante los años de la Concertación y Nueva Mayoría, sea por acción, omisión o correlaciones de fuerzas adversas, no hubo mayor éxito en revertir y corregir muchos aspectos de estas políticas. Yo conozco personas que participaron de esos gobiernos en forma muy comprometida, que se sienten orgullosos de muchas cosas logradas y que reconocen esta tarea pendiente. Muchos de ellos, en esos años, ya lo decían.

Una de las expresiones más palpables de la existencia de esta ideología chilena es la actitud y posición del gobierno actual que es, por cierto, de centroderecha y, por ende, cercano a las miradas y perspectivas predominantes en el empresariado. En los meses que han seguido al estallido social el gobierno ha cambiado en forma muy significativa su política social y económica. De hecho, si uno revisa los proyectos de ley en materias tributarias o de pensiones, son muy diferentes de lo contemplado en el programa de gobierno. Son más expansivos⁵, más caros y más parecidos a lo que podría haber propuesto el gobierno de centroizquierda anterior. Negar esto sería un acto de poca honestidad e integridad intelectual. Sin embargo, lo propuesto por el gobierno se queda corto en comparación con la escala de esfuerzos de gasto social y expansión del sistema de protección y redistribución social que se necesita. Es posible que una de las razones de ello sea que aún predomine la ideología chilena: la idea de que la expansión de la acción del Estado, de la solidaridad, protección y redistribución social, necesariamente tienen que conllevar un costo para el emprendimiento, la meritocracia y la libertad. Una manera de entender, quizás, una de las diferencias centrales entre el pensamiento de este autor y la visión predominante en el gobierno actual es que ellos parecen creer que no hay forma de evitar ese costo, que la expansión de la acción del Estado y del gasto social, hágase como se haga, se contrapone a los valores expresados en la proposiciones de más arriba; el autor, en cambio, cree que hay mucha evidencia comparada que permite afirmar que existen formas de hacer esto, mejores y peores, pero que algunas de las mejores son funcionales a la expansión de la libertad, la meritocracia, el esfuerzo y el emprendimiento.

5. En el lenguaje de las finanzas públicas, la “expansividad” del gasto fiscal se refiere al incremento significativo del gasto público. Por lo general, se dice que el gasto público es “expansivo” cuando su incremento es suficientemente grande como para tener efectos sobre las variables macroeconómicas: el crecimiento, el empleo, la tasa de interés, el tipo de cambio, la inversión, etcétera. Mucho de la macroeconomía fiscal se dedica a estudiar el efecto que tienen variaciones en el gasto fiscal (expansivas o contractivas) sobre otras variables económicas como la inversión (ej. a través del *crowding out*) o la deuda.

Una y otra vez, en foros de diferente tipo y en redes sociales, uno se topa con personas que de una forma u otra expresan la idea de que las posiciones de izquierda, necesariamente, prefieren más igualdad, aunque esto tenga un costo de crecimiento. Te dicen: “Mira, si me haces escoger entre una sociedad pobre pero igualitaria o una rica pero desigual, yo prefiero lo segundo”. Si usted es de esas personas, le voy a conceder que exista gente en la izquierda que piensa eso. De hecho, uno de los efectos culturales de la ideología chilena ha sido la “neoliberalización” de una parte de la izquierda más radical, que efectivamente piensa así, como la “derecha” necesita que piense. Una de las expresiones más evidentes de ello es que cuando uno propone el tipo de estrategia que expone este libro, aparece una posición reactiva, muy emocional, casi una reacción instintiva en ciertos sectores de izquierda cuya lógica es básicamente que, si uno propone algo que es bueno para el emprendimiento y el desarrollo, “tiene” que ser malo para la igualdad y para superar lo que llaman neoliberalismo. Concedo que existe esta forma de pensar. Yo mismo he tenido que debatir contra ella muchas veces, pues la considero equivocada.

Lo que no le voy a conceder es que la mayoría de las personas de izquierda piensen esto (no me parece que sea así), tampoco le voy a conceder que la experiencia comparada internacional muestre que haya que tomar esta disyuntiva (no lo muestra) y menos que eso sea lo que proponen este autor y este libro.

Usted es libre de creer o no que lo que se propone en este texto es factible, posible o probable. No sería justo, sin embargo, describir lo que se dice en este texto de acuerdo con esa disyuntiva del tipo Guerra Fría en la que se sienten tan cómodos los sectores más extremos de la política de nuestro país. Este autor no solo piensa que sí es posible, sino que además profesa (junto con muchos colegas economistas) que existe no solo la evidencia comparada internacional, sino el conocimiento técnico de cómo formular esa estrategia.

La mala noticia para nosotros, los que simpatizamos con lo expuesto en este libro, es que las ideas que componen la ideología chilena no son solamente un cuerpo lógico, no son una materia académica, no son una hipótesis científica constantemente desafiada por el método de falsificación empírica que nos enseñó Karl Popper⁶; no, ese cuerpo de ideas es una ideología.

6. Karl Popper (1902-1994) fue un filósofo austriaco que, entre otras teorías, propuso el método de falsación empírica (o falsacionismo), como una forma de entender el método científico y de discriminar entre proposiciones científicas y no científicas. El método consiste en que toda proposición científica debe ir acompañada de un método para “falsearla”, esto es, para demostrar que no es correcta. Las proposiciones “vigentes” superarían esas pruebas. Esta teoría es central para el método científico en la medida es que ninguna teoría vendría a ser absolutamente verdadera, sino que se encontraría en estado constante de “no refutada”. De hecho, en la econometría, que es la disciplina estadística que usamos los economistas, cuando una hipótesis es rechazada por un test estadístico, se dice que la hipótesis “se rechaza”, mientras que si el test es superado se dice que la hipótesis “no se puede rechazar”. El libro en que Popper trata este concepto es *La lógica de la investigación científica* (1934).

La mejor explicación que conozco hasta ahora acerca de qué es una ideología se debe al filósofo Slavoj Žižek⁷ y está basada en una famosa frase de Donald Rumsfeld (quien fue secretario de Defensa del gobierno de G.W. Bush) formulada cuando explicaba estrategias de inteligencia. La frase es:

Los informes que dicen que algo no ha sucedido siempre son interesantes para mí, porque, como sabemos, hay cosas que sabemos que sabemos. También sabemos que hay cosas que sabemos que no sabemos. Pero hay, además, cosas que no sabemos que no sabemos. Y durante la historia de nuestro país y de otras naciones libres, esta última categoría ha tendido a ser la más difícil de todas.

Žižek, en varias conferencias y publicaciones, ha destacado que falta una categoría: las cosas “que no sabemos que sabemos” y que “gobiernan” nuestra forma de pensar y actuar, de algún modo, más allá de nuestra voluntad. Esas cosas “que no sabemos que sabemos” nos parecen naturales, nos parecen que son la forma que tiene el mundo y ya. A eso, Žižek lo llama “ideología”.

La ideología chilena es así, forma parte de las convicciones de muchos actores relevantes de la sociedad. No solamente de aquellos a quienes les conviene o para quienes es funcional sino también a sus supuestos opositores que, como hemos visto, frecuentemente actúan y opinan como convencidos de esa ideología, aceptando el absurdo rincón en que esta los sitúa.

Como es una ideología, es muy difícil de cambiar: requiere cuestionar, continuamente, aquellas cosas que muchos de nuestros ciudadanos y líderes creen saber con total seguridad, e invitarlos a considerar otras formas de ver el mundo, otros parámetros de la realidad.

Una cosa me tranquiliza: el cambio ideológico al que estoy invitando, en lo que respecta a la estrategia de desarrollo, tiene una diferencia fundamental con otros que están siendo propuestos y publicitados en el marco del estallido social. En este libro no proponemos adherir a una utopía, no proponemos adherir a un experimento social, no proponemos adherir a sueños; más bien, proponemos adherir a una visión de mundo y a un pragmatismo económico al servicio del desarrollo y la equidad, que ha funcionado en muchas partes del mundo. Proponemos adherir no a un sueño de otro mundo, sino a una realidad alternativa, pero posible.

Yo voté “Apruebo” y “Convención Constitucional” (electa por unanimidad) en el plebiscito del 25 de abril del 2020.

7. Slavoj Žižek (1949-) es un filósofo y crítico cultural esloveno que se caracteriza por utilizar extractos de la cultura pop, como películas u obras literarias, para tratar temas complejos de sociología y psicoanálisis. En sus escritos discute, frecuentemente, el concepto de ideología pero, además, tiene un libro completo dedicado a tratar el concepto: *El sublime objeto de la ideología* (1989).

En las elecciones para escoger delegados a la convención, mi voto es por alguien de valores socialistas, democráticos y liberales, pero que entiende que estamos construyendo un contrato social inclusivo y funcional. No respaldaré, en esta y en otras elecciones, a candidatos que piensan representar posiciones utópicas y maximalistas. El ejercicio de elaboración de una Constitución consiste, esencialmente, en la posibilidad de escribir las reglas de juego de nuestra democracia. Eso implica que una mayoría muy grande debe estar de acuerdo con esas reglas y, por ende, no es útil ni correcto imponer las reglas favoritas de un bando mayoritario que ni de cerca es unánime sobre una minoría significativa. Es quizás demasiado ambicioso creer que la futura Constitución será, realmente, la casa de todos. Es improbable, siempre habrá disensos respecto al acuerdo que se logre. Sin embargo, es fundamental que esos disensos sean mínimos y que el respaldo a las reglas democráticas que emerja del proceso constituyente sea muy mayoritario.

Pero el problema no termina ahí. No termina con la elección de una convención constitucional, la elaboración de un nuevo texto y su eventual aprobación en el plebiscito de salida.

Para que una nueva Constitución no resulte un fiasco político y social dependemos críticamente de lo que haga el siguiente gobierno que elijamos; quizás dependemos, incluso, de las próximas dos o tres administraciones.

Esa administración tendrá muchas tareas difíciles y simultáneas en las que se juega el futuro de Chile. Muchas de estas tareas se delinean y analizan en este libro.

Entre otras cosas, el próximo Gobierno va a tener que:

- Implementar las reformas institucionales y legales que serán resultado de la nueva Constitución, adecuando esos cuerpos legales e instituciones al nuevo texto constitucional. Esto implica cambios en la forma en que se gestionan muchas partes del Estado y en la forma en que trabajan muchos servidores públicos.
- Construir un pacto político que sustente un proceso de reconciliación nacional en torno a las Policías. Ese proceso tiene pasos que ya hemos recorrido en nuestra historia: verdad, diálogo, justicia y reconciliación, pero también tiene sus particularidades.
- Asociado a lo anterior deberá pactar políticamente una reforma integral a Policías, Fiscalías y Juzgados, que recupere la legitimidad perdida por estas instituciones durante el estallido social, pero también durante muchos años, como resultado de una secuencia de escándalos de corrupción e incompetencia.
- Pactar, diseñar, aprobar e implementar una expansión significativa del sistema de redistribución y protección social, particularmente lo que respecta

a una vejez digna: pensiones, remedios, ambulancias, cuidado para adultos no autovalentes, vacaciones, etcétera; a una niñez feliz y segura para todos los niños y en el apoyo a los hogares más vulnerables, como los hogares monoparentales.

- Implementar un proceso de descentralización territorial coherente, con elección de nuevos gobiernos territoriales y con las reglas que la nueva Constitución suponga para esos gobiernos regionales.
- Implementar un proceso de diálogo social, inversiones urbanas y nuevas instituciones vecinales para recuperar espacios y servicios públicos que se han deteriorado durante el estallido social, pero también, con la misma metodología y recursos, recuperar espacios y servicios públicos históricamente abandonados por el Estado (en barrios y poblaciones).
- Implementar un proceso de diálogo comunitario abierto, acompañado de recursos frescos para reencauzar colegios públicos en su función educativa, terminar con la dinámica de conflictos y empezar a cerrar brechas con colegios privados.
- Convertir el sistema de universidades del Estado en un sistema gratuito integrado y meritocrático, con propedéuticos, bachilleratos y politécnicos de entrada y universidades con sistemas de asenso interno a través de licenciaturas, maestrías y doctorados, que permitan a estudiantes abrir su mirada, cambiar sus intereses, adaptar su carrera al descubrir su vocación y remediar los déficits heredados.
- Pactar una agenda tributaria de largo plazo, esto es, una secuencia de cambios tributarios paulatinos pero predecibles de escala muy significativa, que financie los gastos adicionales del fisco con la gradualidad requerida, pero con responsabilidad fiscal estructural.
- Implementar una estrategia de pactos de desarrollo consistente en acuerdos de inversión, producción, empleo y distribución de utilidades entre empresas, Estado, sindicatos y comunidades, fundamentados en compromisos de todas las partes y valor compartido.

Como se puede ver, el próximo Gobierno tiene una agenda super difícil y desafiante. Pero además es una agenda que, por su carácter, corresponde a una coalición de centroizquierda, progresista y que combine las miradas del socialismo democrático, de los socialdemócratas, del humanismo cristiano, de los social-liberales y de los liberales igualitarios. Lo que quisiera enfatizar es que en el éxito de esa agenda de Gobierno se jugará, en gran medida, la legitimidad del proceso constituyente.

Esto es imposible sin una coalición política amplia, en la que no haya ambigüedades en compromisos con valores democráticos, libertad de expresión,

derechos humanos (de todos, no solo de los propios), debido proceso y Estado de derecho.

En la actualidad no se observa nada que se aproxime a ese tipo de coalición. Lo que se ha visto, en cambio, es balcanización, propensión a las purgas, infantilismo político, adicción a la frivolidad comunicacional, falta de rigor en el análisis de políticas, infatuaciones violentistas o complicidad pasiva con quienes hacen aspavientos de ello. Quienes queremos que sea exitoso este proceso de cambio social nos aferramos a la esperanza de que esto efectivamente cambie y le adjudicamos potencial a los procesos electorales y deliberativos que contiene el proceso constituyente. Quizás, esperamos, en ese proceso se comience a producir un tipo de conversación que conduzca a la construcción colectiva de un proyecto político que contenga aquello que trata este libro: una estrategia de desarrollo. Lo hemos escrito para contribuir a este proceso.

El libro se organiza en cinco secciones, cada una de ellas tratando una terna de desafíos, amenazas, requerimientos estratégicos, cambios revolucionarios y apuestas económicas que Chile podría hacer. Partimos haciendo un diagnóstico sobre el estancamiento de lo que popularmente se describe como el “modelo” chileno, particularmente en lo que respecta a su empeoramiento estructural de desempeño tanto en crecimiento como en equidad. La segunda sección analiza tres amenazas urgentes sobre el país: la obsolescencia de nuestro pacto social, la emergencia climática global y las crecientes amenazas tecnológicas al trabajo. La tercera sección analiza las tres partes que debiera tener un nuevo pacto de desarrollo para Chile: los derechos sociales garantizados, el trato que debemos dar a los bienes nacionales de uso público y el rol que debemos otorgarles a las empresas estratégicas del Estado. La cuarta sección discute tres cambios revolucionarios que se requieren para que lo anterior sea viable: una revolución ética en lo privado, una revolución ética en lo público y una revolución cívica que se está expresando en el proceso de cambio constitucional. La quinta y última sección delinea tres apuestas estratégicas que Chile podría tomar para orientar sus políticas públicas y su estrategia de desarrollo: una economía verde, una economía laboral y una economía científica. En la conclusión intentamos delinear en forma telegráfica cómo podría uno imaginar esta estrategia en forma concreta.

Comencé a escribir *Un nuevo pacto* después del estallido social y lo desarrollé durante la pandemia en la biblioteca de mi casa que ha sido mi oficina y sala de clases durante todo este periodo. Quiero agradecer a mi editor Juan Manuel Silva Barandica, a mi amiga Javiera Parada y a Ghislaine Tisné, la directora ejecutiva de UEconomía de la Universidad de Chile que, quizá sin darse cuenta, impulsaron la producción de este libro insistiendo una y otra vez —tras escuchar seminarios y entrevistas en que yo delineaba algunos de los argumentos compilados acá— que este texto debía escribirse.

Quiero agradecer el apoyo de Martín Rebolledo Jaure, viejo ayudante de cursos y de investigación que a estas alturas se ha convertido en un colaborador muy cercano y prometedor economista. Martín sirvió de editor y corrector, apoyando con investigación de contenidos y cifras. Hizo un gran trabajo, como verán.

Quiero agradecer la ayuda de mis equipos de ayudantes de la Facultad de Economía y Negocios de la Universidad de Chile que me ayudaron a sostener el enorme esfuerzo docente que hubo que desplegar durante el año 2020 y sin cuyo apoyo, responsabilidad y enorme profesionalismo este libro hubiera sido imposible: Catalina Vidal Riquelme, Flavia Mosciatti Recart, Jorge Ignacio Frei, María Jesús Negrete, Marco Corrales, Paulette Alarcón, Pedro Schilling, Sofía Trucco, Maite Azúa, Giovanni Villa Salas, Joaquín Urria, Manuela Escobar Urrejola, Claudia Leiva Hidalgo, Roberto Beltrán Infante, Andrés Berríos Etcheberry, Sebastián Chacón, Pedro Cubillos Ramdohr, Ivo Farfán, Diego Galleguillos, Paula González, Macarena Gutiérrez Álvarez, María Jesús Hermosilla, Jhovan Kesternich, Anton Kullak, Fran Aoi Montecinos, Sebastián Muenza Cortés, Bernarda Muñoz Astudillo, Cristina Persico, Daniel Piquer, Amanda Rodríguez Núñez, Valentina Rojas, Joaquín Sierpe e Ignacia Ulloa. Además quiero agradecer muy especialmente a mis ayudantes coordinadores que conscientemente tomaron roles y asumieron trabajo adicional para despejarme espacio mental y energías para este ejercicio: Fernanda Eterovic, Miranda Álvarez Rauld, Miguel del Valle Fuentes, Guido Osorio Salinas, María José Lederman y Carolina Held Hasson.

Finalmente, quiero agradecer el apoyo de mi señora y compañera Patricia Medrano Vera (la Patita) que porfiadamente me obligó a trabajar en este texto cada vez que veía declinar y decaer el propósito y la energía. Sin su insistencia cotidiana esto no se habría realizado y sin su atención y oído para probar muchos de los argumentos, tampoco podríamos haber terminado. Su ayuda en la producción de varias de las cifras y respaldos técnicos de este texto fue esencial (de algo tiene que servir estar casado con una Ph.D. en Economía y experta en estadísticas). Quiero agradecer a mi padre Óscar Landerretche Gacitúa y mi madre Trini Moreno Soto con los que discutí en extenso muchos de los temas y que lo pasaron tan mal este año. Quiero agradecer a mi suegra María de la Luz Vera, a Nicolás Castillo y a Catalina Jofré sin cuyo compromiso, generosidad y cariño hacia esta casa y sus niños, no habríamos podido sobrellevar este periodo. Quiero agradecer a mis hijos: Óscar, Andrea, Matilde y Pedro por ayudar a sostener el espacio de concentración necesario para este ejercicio en un difícil contexto de cuarentenas, encierro y clases en casa vía plataformas virtuales.

Finalmente quiero dedicar el libro a Pedro Medrano Rojas, mi suegro, a quien perdimos el año pasado. Don Pedro fue un abogado y diplomático

chileno que dedicó su vida a luchar por la democracia en Chile y en contra de la guerra y el hambre en todo el mundo. Durante buena parte de su exilio trabajó por recuperar la democracia en Chile por la vía de conseguir fondos internacionales de ayuda para organizaciones y medios de la oposición a la dictadura. Luego, instalados los gobiernos democráticos, participó del proceso de paz de El Salvador, siendo el embajador de Chile allá. Su rol es reconocido por diversos actores de ese país. Las últimas décadas las dedicó a combatir el hambre en todo el mundo, pero particularmente en América, India y África, ejerciendo altos roles directivos en el Programa Mundial de Alimentos de las Naciones Unidas, organización que lo llenaba de orgullo y que alcanzó a ver galardonada con un Premio Nobel de la Paz el año pasado. Era una persona enormemente importante en mi vida. Constantemente conversamos de los temas públicos, políticos y culturales del país, incluyendo muchos de los que aparecen en este libro.

Su costumbre era aparecer en la biblioteca de mi casa con un libro que acababa de terminar y su frase “¿tienes un segundo? ... Creo que quizá te podría interesar”, lo que en realidad significaba que era algo que yo debía leer y que me iba a servir para aquello que estaba haciendo. Usualmente era una biografía política, un libro de historia o un ensayo bien complicado sobre asuntos políticos, económicos o sociales. Le estoy eternamente agradecido y este texto es, en gran medida, legado suyo también.

Honor y gloria, don Pedro.